

Caja Fuerte

LUIS MIGUEL GONZÁLEZ

Nuestra guerra del agua

México vive la peor sequía desde la década de los 30 del siglo pasado, pero no hay punto de comparación con esos tiempos.

“La transición hacia un clima seco y caliente en el norte de México tal vez ya comenzó y podría ser evidente dentro de los próximos 15 años”, concluía hace dos años un estudio hecho por el Observatorio de la Tierra Lamont-Doherty, de la Universidad de Columbia.

El estudio ameritó poca atención cuando fue difundido, en abril del 2007. Ha llegado el momento de tomarlo más en serio: “A diferencia de las sequías registradas en las últimas décadas, las nuevas condiciones no serán temporales, cuando se establezcan, se establecerán para quedarse”, advertía el informe.

México vive la peor sequía desde la década de los 30 del siglo pasado, pero no hay punto de comparación con esos tiempos. En 1930 nuestra población total era de 16 millones 552,722 habitantes y el consumo de agua per cápita era menos de una cuarta parte del actual. No existían los modernos sistemas de irrigación que ahora caracterizan las mayores zonas productoras agrícolas y son responsables de 80% del consumo nacional de agua.

En el 2009 ha llovido menos de la mitad del promedio histórico. La escasez de las lluvias afecta con fuerza a 23 estados y pone en riesgo las cosechas de 3 millones de campesinos. El recuento de los daños apenas comenzó. Veinte millones de toneladas de granos básicos están en riesgo de no lograrse y 10 millones de cabezas de ganado podrían morir de sed. Estos problemas se trasladarán a las ciudades en forma de migración y aumento de los precios de los alimentos.

¿Qué haremos ante la sequía? No parece haber una estrategia nacional clara ni un plan de acción que contemple

medidas a corto, mediano y largo plazo. Los recursos son menores incluso a lo destinado a aquietar a uno de los grandes sindicatos. Eso no tiene lógica, pero por qué habría de tenerla. Estamos en un país surrealista. La crisis del agua es un tema que tiene méritos para colocarse junto a la crisis de las finanzas públicas y el combate a la inseguridad. Es enorme y tiene ramificaciones que pasan por todo el tejido social: abasto alimentario, migración interna, producción industrial y calidad de vida. No aparece, sin embargo, en un primer plano en el discurso presidencial. Se nota que el Primer Mandatario tiene suficientes problemas, pero ¿quién (con autoridad suficiente), se hará cargo de encabezar el esfuerzo para ganar nuestra guerra hídrica?

El agua es un recurso muy escaso en 80% del territorio nacional, pero la tratamos como si fuera abundante. Somos pobres y derrochadores. Hay tecnología disponible para mejorar, cuando menos 30%, la eficiencia de nuestro uso en hogares, industrias y campo. Hay una constelación de discursos y un concierto desafinado de buenas intenciones. El resultado es que cada vez estamos peor. La sequía es un fenómeno natural, pero nos pega muy fuerte porque no estamos organizados para usar mejor el agua.

Hemos postergado decisiones dolorosas, con la esperanza de que el tiempo nos entregara la solución. “A los 20 creemos que el tiempo resuelve todo, a los 50 entendemos que el tiempo es parte del problema”, dice el escritor portugués Antonio Lobo Antunes. Qué edad tenemos, ¿seguimos creyendo que el tiempo resuelve todo?

lmgonzalez@eleconomista.com.mx

